

un toro y estuvo —así está escrito en historia— presente en todos los actos, por lo que la tradicional costumbre, fue vuelta a autorizar.

Fray Juan de la Trinidad —cronista— lo atestigua allá por fines del XVIII. Desapareció esta antigua estampa tradicional y después los franceses, arrasaron la ermita del Santo.

Brozas, como toda Extremadura, es tierra de ermitas ¡Ah la gran fe de nuestros mayores! ¡Recia y firme, incommovible y sincera! ¡a prueba de todo! Felices tiempos aquellos en que no se discutía nada de lo bueno y el ejemplo era una lección. Vivíamos a las sombras y luces, a la esperanza y doctrina del Concilio firme de Trento, tan viril y español. Entre las próximas Santa Lucía, entre las distantes la del Padre Eterno y S. Gregorio. Esta última tiene aguas medicinales, con su balneario, curativas para las afecciones de la piel —de las que poco sabemos los médicos— y reumatismo.

Y vamos a decir el adiós a esta tierra de espadas alcantarinas, nunca desenvainadas con gran razón, como decía Ercilla en "La Araucana".

"... poner mano a la espada,  
nunca sin gran razón  
debe ser desenvainadas".

Y en esta mar de espadas en alto —frutos y flores de conquista afinco mi sueño, al despedirme de Brozas, tierra de blasones y señorío, Encomienda Mayor... Pero como a D. Quijote, se me nublaron los ojos ¡Y santo Dios que veo hoy! Un mar de espigas, amarilleando, verdeando, que la mano de la brisa mueve en el atardecer primaveral, como olas del mar, que van y viene ¡Qué grande es "natura"! Y con el contrapunto de una encina extremeña, aferrada como los hombres, con sus raíces, la tierra reseca y pobre, porque Dios nos hizo así, como es la propia tierra: dura, seca, trabajadora y de poco dar.

Juan PABLOS ABRIL

## VINO, PARTO DE LA TIERRA Y LA MIRADA

Me acerco hasta tu borde.  
Y estremeces. Y pregunto.  
Y la respuesta está,  
adentro,  
en tu sentido.  
El perfume inquieto de tu vida  
encalma con inquietudes.  
Y sabes cada instante  
ser tú mismo.  
Respondes a llamadas sin palabras,  
con pálpitos de luces transparentes.  
Eres el vino  
Loco perpetuo de la vida misma,  
gestado en azulado seno  
del cielo con la tierra, regazo maternal,  
amparado en la caricia leve  
del mirar carmesí de una mirada,  
enamorada con deseos.  
En los días serenos, cuando el sol asoma  
a su balcón de cada hora  
y trabaja a engendrar azúcar  
en el haz de cascabeles del racimo,  
tú estás, quizás, pensando sólo  
en tu fuerza posible.  
No eres ajeno, ni te ves dormido,  
ni olvidas de las formas,  
que pueden liberarte.



Porque tú quieres ser,  
 sólo ser, y ser tú mismo:  
 mosto que fermentas,  
 para hacerte vino.  
 Te adentras en la bota,  
 bota de roble encallecido.  
 Es como si no quisieras ver.  
 Como si quisieras tus contráctiles pupilas  
 cegar con luz desconocida,  
 huyendo ¿de qué fantasmas tontos?  
 Me acerco hasta tu borde  
 y eres tenue sensación adormecida,  
 con todos tus sentidos apagados.  
 Y me pongo a gritar junto a tu oreja.  
 Y niegas que has oído.  
 Pero a mí no me importa que me cierres  
 tus ventanas son postigos.  
 Por la misma razón que no los tienen,  
 yo sé que estás ahí:  
 en la clara realidad de transparencia  
 que te da tu ser de vino.  
 Y te brindo amistad,  
 sin nada a cambio de ella misma.  
 Brotada, con cristales de hontanar,  
 de una esencia de verdad,  
 de un seno de belleza,  
 de un querer ser solamente,  
 sin nada de por medio,  
 tú y yo amigos.  
 Viajero en tu gabán de vidrio  
 vas gritando en lenguas diferentes,  
 por todos los caminos  
 a los hombres de todos los senderos  
 tu linaje abolengo,  
 tu rancia procedencia.  
 Poniendo risa y carcajada  
 en labios contraídos,  
 aunque no te conozcan.  
 Gestando alegrías universales  
 con amplia gratuidad.  
 Y esto como una flor,

que brota y se acumula en lo interior  
 en el alma escarlata o ya dorada  
 de tu entraña de vino.  
 Tú, vino púdico y desnudo.  
 Que vives en el centro de la vida  
 porque eres la belleza misma.  
 transparente e irreal.  
 opaca y palpitante.  
 Que eres lazo de contacto humano  
 como hijo de algún parto gozoso,  
 que te das a todo hombre.  
 Obra de manos que acarician  
 tus melenas mojadas,  
 para secar el llanto producido  
 por los pies que estrujaron  
 el orujo, ya muerto, en el lagar.  
 Y en una sucesión interminable,  
 como rastro de luz de una estrella que huye,  
 fabricas todo lo que el mundo puede ser  
 y aún aquello sin esencia.  
 Con capacidad —eres poeta—  
 de rimar desilusión con esperanza,  
 torcido sentimiento e inocencia,  
 ingratitud y entrega toda,  
 alambradas de odio con abrazo.  
 No serías de otro modo  
 tú, vino.  
 Incapaz de doblarte a la fatiga,  
 en tu afán de trabajo.  
 Por ello soñador,  
 en tu sueño despierto,  
 porque coges la muerte y la despidas  
 y brotas, sin semillas,  
 la esperanza de nuevas actitudes.  
 Caminante, viajero infatigable,  
 pregona a cada línea de horizonte  
 que si eres así, no es por ti mismo.  
 Que te gestó un cielo azul en una tierra  
 con una suave mirada carmesí.

Enrique LOUZADO MORIANO